

de su adversario, pero no quiso y se abstuvo de decir que era preciso continuar la Revolución. Limitóse á tratar el asunto planteado por su adversario, y como si quisiera cambiar un idilio por una elegía, volvió á su primer discurso, á las dulces ideas morales «de un reposo recomendado por la razón y por la naturaleza, de un retiro necesario para meditar sobre los principios.»

Robespierre garantizó «que existían en todos los departamentos padres de familia que se prestarían voluntariamente á desempeñar el oficio de legisladores para asegurar á sus hijos una patria y sanas costumbres. ¿Que los intrigantes se alejarían? Tanto mejor: la *virtud modesta* recibiría entonces el premio que hubiera merecido.»

Este sentimentalismo, traducido en lengua política, significaba que Robespierre, habiendo cogido la dirección de los Jacobinos, escapada de las manos de Duport, quería cuanto antes cerrar la Asamblea *oficial* en nombre de los principios, para que mientras tanto funcionase la sola Asamblea *activa y eficaz*; el gran club director del Jacobinismo. Veía claramente que en la próxima legislatura, no habiendo hombres como Mirabeau, Duport y Cazales, la vida y la fuerza sería toda con los Jacobinos. El dulce retiro filosófico que aconsejaba á sus adversarios ya sabía él donde encontrarlo: en el verdadero centro de este movimiento.

Duport honró su caída pronunciando un discurso admirable contra la pena de muerte. Este hombre eminente, cuyo nombre ha quedado unido al establecimiento del Jurado en Francia y á todas las más importantes instituciones judiciales, tuvo como Mirabeau la gloriosa suerte de acabar aplastado por una cuestión de humanidad.

Su discurso, superior en todos sentidos al pequeño discurso académico que Robespierre pronunció también contra la pena de muerte, no obtuvo sin embargo gran éxito. Nadie se fijó en estas palabras, donde se entrevé un sombrío presentimiento: «Después que un cambio continuo en los hombres ha hecho casi necesario un cambio en las cosas, hagamos al menos que las escenas revolucionarias resulten menos trágicas. ¡Que el hombre sea respetado por el hombre!»

Graves palabras, pero que desgraciadamente carecían de oportunidad. La vida del hombre no era respetada. La sangre corría. La guerra religiosa comenzaba á estallar.

Desde el fin del 90 la resistencia obstinada del clero á la venta de bienes eclesiásticos habia puesto á las municipalidades en el embarazo más cruel. Estas repugnaban el proceder contra las personas y se detenían ante la fuerza de inercia que les oponía el clero. Esta inercia era raramente aparente, pues el clero agitaba la masa de los campos muy vivamente por medio del confesonario y por la difusión de los libelos policados contra la Revolución. En Bretaña especialmente repartiéronse miles de ejemplares del atroz libro escrito por Burke contra la Revolución.

Entre las municipalidades tímidas é inactivas y el clero insolentemente rebelado, la nueva religión parecía vencida. Por esto en todas partes los clubs protestaron de las municipalidades, las acusaron por su inacción y casi ocuparon su puesto. La Revolución tomó así su terrible carácter: cayó toda entera entre las manos patrióticas, pero intolerantes y violentas de las sociedades jacobinas.

Los curas ocasionaron todo esto, buscándose ellos mismos la persecución para declarar la guerra civil.

El fatal decreto del juramento inmediato que daba al clero rebelde la gloria del martirio, produjo en los curas una alegría y una audacia inmensa.

Marcharon desde entonces erguidos y con el rostro fiero: la Revolución con la cabeza baja.

Uno de los primeros actos de hostilidad fué hecho, como era de esperar, por uno de los prelados de vida más escandalosa: el cardenal de Rohan, el héroe del ruidoso negocio del collar de la reina. Retirado desde aquel escandaloso asunto al otro lado del Rhin en el obispado de Strasburgo, anatematizó á su sucesor, elegido por el pueblo, y comenzó la guerra religiosa en esta ciudad inflamable.

Una carta del obispo de Uzes, que se vanagloriaba como de un gran triunfo de haber negado su juramento, cayó sobre la ciudad como una centella y encendió las pasiones. Sonó el tambor y reaccionarios y revolucionarios se batieron en las calles.

En Bretaña el clero removió sin pena la sombría imaginación de los labriegos. En un pueblo, un cura dice la misa á las tres y anuncia á los fieles que ya no se celebrarán más vísperas, pues ellas serán abolidas. Otro dijo la misa mayor poco antes de amanecer, aun en plena noche, y tomando el crucifijo de encima del altar, lo hizo besar á todos los labriegos. «Marchad—les decía,—vengad á Dios; id á matar á los impíos.»

Estas pobres gentes, creyéndose capaces de todo, marcharon en armas contra Vannes y fué necesario que la tropa y la Guardia nacional les impidieran la entrada en la villa. Para dispersar á aquellos fanáticos fué preciso tirar contra ellos, y una docena quedaron tendidos en el campo.

Con todo esto van aproximándose las Pascuas. Se aguardaba curiosamente si el rey comulgaría con los curas amigos ó enemigos de la Revolución. Fácil era preverlo: habia alejado al cura de la parroquia, que era de los que prestaron juramento á la Constitución. En cambio las Tullerías estaban llenas de curas rebeldes. En manos de estos comulgó el rey el domingo 17 de Abril en presencia de Lafayette, el cual por su parte daba también el mismo ejemplo, teniendo en su casa un sacerdote refractario para decir la misa á madama de Lafayette.

La Comunion del rey habíase procurado celebrarla con gran pompa, obligándose á la Guardia nacional á asistir y presentar sus armas.

Un granadero se negó rotundamente á prestar este homenaje á la contrarrevolución. El club de los Cordeleros le dió las gracias por la noche y fijó un anuncio en las esquinas «denunciando al pueblo francés el primer funcionario público como rebelde á las leyes que había jurado y autorizador de la revuelta.»

Esto era exacto. La corte tenía necesidad de un gran escándalo, deseaba una revuelta para hacer constar ante la Europa la falta de libertad del rey. Esta revuelta, que según Lafayette estaba preparada hacía mucho tiempo y que se retardó por la muerte de Mirabeau, á quien querían dar un papel en esta comedia, se verificó por fin en los días solemnes, en los días de mayor emoción para los corazones religiosos; en la segunda fiesta de Pascuas, lunes 18 de Abril de 1791.

Desde la víspera, que todo el mundo estaba advertido de que el rey iba á salir de París; todos los diarios habían hablado de esto, la muchedumbre obstruyó todos los alrededores de Palacio, y á las once el rey, la reina, la familia, los obispos y los servidores, ocupando un sinnúmero de carruajes, se preparan á partir. Se dice que no van más que á Saint Cloud á pasar el día; pero la muchedumbre cierra el paso á los carruajes. Suena la campana de San Roque. La Guardia nacional rivaliza con el pueblo para impedir el paso. La animosidad era grande contra la reina y contra los obispos.—«Señora—dice un granadero al rey; —nosotros os amamos; pero á *vos solo*.» La reina oyó aún palabras más duras y crueles: oculta en el fondo del coche, no cesaba de llorar.

Lafayette quiere abrir paso en la muchedumbre, pero nadie le obedece. Corre al Hotel de Ville para pedir la bandera roja y proclamar el estado de guerra. Danton, que estaba allí felizmente, se opuso con toda energía á que le diesen la bandera y evitó tal vez una matanza. Lafayette ignoraba todavía que aquel intento de viaje era simulado, que la corte sólo buscaba hacer constar la cautividad del rey y se agitaba furioso, queriendo cumplir la ley con todo su rigor. Había dejado á Danton en el Hotel de Ville y se lo encontró en las Tullerías, á la cabeza del batallón de los Cordeleros, que llegó sin ser llamado.

Lafayette, pasándose de listo, pretendió que Danton se agitaba pagado por la corte. «Acababa—dice—de cobrar cien mil francos como indemnización de un cargo que no valía diez mil.» Lo más seguro es que Danton, rehusando entregar la bandera roja al general, evitó una matanza y le hizo sufrir una mortificación que impulsó á Lafayette á ser injusto en sus comentarios.

Lafayette, indignado de haber sido desobedecido, presentó su dimisión. La inmensa mayoría de la Guardia nacional le suplicó en todos los tonos que la retirase: la burguesía solo se fiaba de él para el mantenimiento de la paz pública.

El martes 19 el rey tomó una resolución extraña que llevó al colmo la general sospecha de que pensaba huir de Francia. De improviso se presentó en la Asamblea declarando que persistía en su intención de ir

á Saint Cloud para probar que estaba bien, añadiendo que quería mantener la Constitución, «de la que formaba parte la constitución del clero.» ¡Extraña contradicción con su Comunión del domingo anterior y con el apoyo que daba á los sacerdotes rebeldes!

No hay que creer que estos sacerdotes eran víctimas resignadas y pacientes que se consideraban felices viviendo ignorados. Se agitaban de la manera más provocativa, se mostraban en todas partes perorando, amenazando, impidiendo los matrimonios, turbando la cabeza de las jóvenes, haciéndolas creer que si eran casadas por sacerdotes que hubieran prestado su juramento á la Constitución, no serían más que concubinas y sus hijos bastardos.

Las mujeres eran á la par las víctimas y los instrumentos de esta especie de terror que ejercían los curas rebeldes. Las mujeres son siempre más bravas que los hombres: acostumbradas á que las respeten por la debilidad de su sexo, creen que en el fondo no se exponen gran cosa mezclándose en los asuntos públicos. Por esto audazmente hacían lo que no osaban á hacer sus consejeros los curas. Iban y venían, llevaban noticias, hablaban alto y fuerte. Sin mencionar las víctimas obligadas de su irritación (hablo de los maridos, perseguidos en el interior de su hogar, dominados á fuerza de agrias negativas y crueles reproches), ellas extendían sus rigores á muchas gentes humildes de su clientela ó de su casa. ¡Desgraciados los comerciantes filósofos, los tenderos significados como patriotas! Todas las mujeres huían de sus tiendas, todas iban á comprar á los establecimientos de los que se significaban por su afecto al pasado.

Las iglesias estaban desiertas. En cambio los conventos abrían sus capillas á la muchedumbre de contrarrevolucionarios, ateos ayer y devotos hoy. Cosa más grave: estos conventos mantenían audazmente su clausura, se burlaban de la ley y tenían cerradas sus puertas para los reclusos ó reclusas que querían salir en virtud de los decretos de la Asamblea.

Una monja de San Benito, habiendo insistido por volver al seno de su familia, fué objeto de mil ultrajes. La comunidad impidió que se llevara consigo los pequeños objetos sin valor que eran de su propiedad y por los cuales sentía cierto afecto. Casi desnuda, fué puesta en la puerta del convento. Sus parientes que se presentaron para reclamar, encontraron la puerta cerrada: por una ventana les arrojaron algunas prendas de la religiosa, como si fueran de una apestada y se les llenó de injurias.

La Asamblea nacional recibió la petición de otra religiosa que era retenida en su convento á viva fuerza.

En las monjas de San Antonio una joven novicia, habiendo manifestado francamente su alegría por los decretos de la Asamblea sobre la libertad de las religiosas, fué objeto de toda clase de ultrajes por parte de la abadesa, dama aristocrática y fanática y de otras monjas

que formaban su corte. La novicia, habiendo encontrado medio de advertir á los de fuera sus sufrimientos y su peligro, salió del convento de una manera extraña. Pasó la cabeza por el torno y un hombre caritativo, tirando de ella con gran esfuerzo, pudo hacer pasar el resto del cuerpo. Una familia pobre la recibió en su casa del arrabal de San Antonio y los periódicos abrieron una suscripción para la pobre fugitiva.

Fácil es comprender que estas historias no eran las más propicias para calmar al pueblo, cruelmente irritado por sus miserias. Sufría infinitamente no sabiendo qué hacer. Todo lo que veía era que la Revolución no podía avanzar ni retroceder. A cada paso encontraba delante una fuerza inmóvil, la monarquía, y detrás una fuerza activa, la intriga eclesiástica.

No hay que asombrarse, pues, si echó abajo estos obstáculos. Los Jacobinos no podían prestarle auxilio. De las tres fracciones, las dos de Lameth y Orleans carecían de influencia. En cuanto á la de Robespierre, cierto que era violenta y fanática, pero su jefe personalmente no era capaz de organizar una revuelta y menos aún contra los sacerdotes que contra otros enemigos.

El movimiento fué espontáneo: surgió naturalmente de la irritación y de la miseria. Las mujeres de los barrios populares fueron á los conventos y azotaron á las religiosas.

Pero la corte fué la que dió á este movimiento una gran escena, una ocasión solemne. Su plan era comprometer cuanto le fuera posible á la Revolución ante los católicos de Francia y de Europa entera.

Los sacerdotes refractarios y enemigos de la Constitución alquilan á la municipalidad una iglesia en el lugar de más tránsito de París: el muelle de los Teatinos. Allí debían celebrar sus Pascuas.

Tal como era de esperar, la muchedumbre, excitada por este reto de sus enemigos, acudió á la puerta de la iglesia, amenazando á los que quisieran entrar. Dos mujeres lo intentaron y fueron azotadas. La autoridad las salvó, pero no pudo dispersar á la muchedumbre.

Sieyès reclamó en vano en la Asamblea los derechos de la libertad religiosa. El pueblo entero, con el sentimiento de sus miserias, se obstinaba en no ver en todo aquello más que una cuestión política. El cura rebelde y sus partidarios aparecían para él, no sin motivo, fabricando desde París el rayo de la guerra civil, que había de alumbrar el Oeste, el Mediodía y tal vez el mundo.

Avignon y el Condado ofrecían hacia tiempo una atroz miniatura de las futuras guerras civiles. Avignon, ayudada por los ardientes revolucionarios de Nimes, Arlés y Orange, guerreaba contra Carpentras, el lugar de la aristocracia.

Guerra bárbara en los dos lados, envenenada por viejos rencores y furoros nuevos. Más que una guerra, era una escena horriblemente variada de saqueos y asesinatos.

La Asamblea nacional tomó este asunto con mucha lentitud y por

fin acabó declarando que Avignon no formaba parte integrante de la Francia, sin que por esto Francia renunciase á sus derechos sobre ella. Lo que equivalía á decir: «La Asamblea juzga que Avignon no la pertenece, sin negar por esto que la pertenezca.»

El mismo día 4 de Mayo se repartió por París un Breve del Papa, una especie de declaración de guerra contra la Revolución. En él se desataba en injurias contra la Constitución francesa, declaraba nulas las elecciones de curas y obispos hechas por la Revolución y les prohibía administrar los sacramentos.

Al día siguiente una sociedad patriótica, para devolver insulto por insulto, presentó en el jardín de Palais Royal un maniquí con la cara y las vestiduras del Papa, lo juzgó ante el público y acabó arrojándolo en una hoguera, en medio de los generales aplausos. El periódico favorito de los curas, que dirigía el abate Royou, fué quemado también, por ser indudablemente quien había influido en el Papa para que diese el Breve.

Hay que reconocer que el Papado ha hecho camino desde el siglo XIV. Ante el bofetón recibido por Bonifacio VIII, el mundo se estremeció de horror. La Bula quemada por Lutero aún indignó á una parte de Europa.

Pero ahora el Papa y el papel de Royou son ejecutados y quemados en plena calle de Saint Honoré, sin que nadie se indigne ni proteste, resultando el acto una fiesta regocijada.

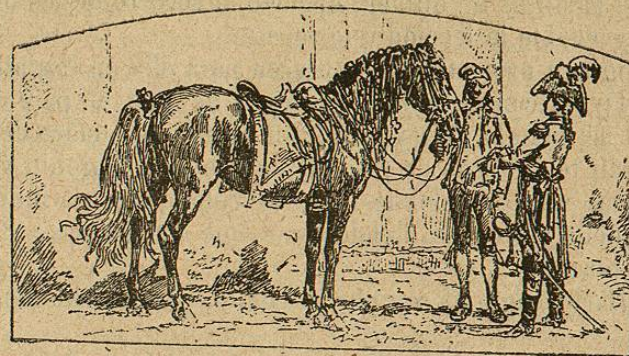
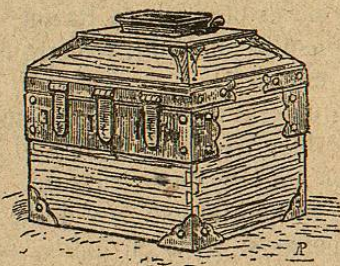
Tanto como el Papa retrocede, tanto avanza su adversario. Y este adversario inmortal que no es otro que la Razón, cualquiera que sea el hábito que tome, jurisconsulto en 1300, teólogo en 1500, filósofo en el último siglo, triunfa en el año 91.

La Francia, desde que ella puede hablar con libertad, rinde homenaje á Voltaire. La Asamblea nacional decreta al glorioso libertador del pensamiento religioso los honores de la victoria. Ya que ha triunfado, que vuelva á su París, á su capital este rey de la inteligencia. El desterrado, el fugitivo que apenas si gozó de calma aquí abajo, que vivió entre tres reinos osando apenas mover las alas como el pájaro que carece de nido, que vuelva á dormir en paz bajo el interminable beso de la Francia.

¡Muerte cruel! Voltaire no había visto en sus últimos años París: esta muchedumbre idólatra, este pueblo que le había comprendido y le adoraba con delirio. Perseguido en su lecho de muerte y hasta después de la muerte; escarnecido por el fanatismo, arrebatado de noche por los suyos para ser ocultado en una tumba oscura el 30 de Mayo del 78, su regreso es decretado el 30 de Mayo del 91. Vuelve á su casa, pero de día, á la luz del gran sol de la justicia, llevado triunfalmente sobre las espaldas del pueblo al templo del Panteón.

Para colmo de su victoria él verá la caída de los que le proscibieron. Voltaire viene y curas y reyes se van. Su retorno no puede ser

más oportuno: vuelve cuando los sacerdotes, venciendo las indecisiones y escrúpulos de Luis XVI, le impulsan á huir, le envían á Varennes, ó lo que es lo mismo, á la traición y la deshonra. ¿Cómo para este grande espectáculo podríamos pasarnos sin Voltaire? Es preciso que venga á París para presenciar la derrota de Tartufo. El es el héroe de la fiesta. En el momento en que el cura deja su trama tenebrosa estallar en pleno día, Voltaire no puede dejar de levantarse de su sepulcro. Advertido por la audaz revelación de Tartufo, saca la cabeza fuera de su féretro y dice al otro con la risa formidable que hizo temblar los templos y los tronos: «Somos inseparables; tú te quedas aquí, pero yo también me quedo.»



## CAPITULO XII

## Precedentes de la huida del rey

Luis XV preocupado del retrato de Carlos I, Luis XVI de la historia de Carlos I y de Jacobo II.— Luis XVI no quiere abandonar su reino.—La Europa se muestra contenta de ver dividida la Francia.—Rusia y Suecia recomiendan la evasión.—Austria da el plan (Octubre del 90).—El proyecto es en apariencia francés, pero en realidad obra del extranjero.—El rey extranjero por su madre, é indiferente como cristiano á la nacionalidad.—El rey herido en sus nobles y en sus sacerdotes.—Doblez del rey y de la reina: engañan á todo el mundo.—Toda la familia real, especialmente la reina, contribuye á la pérdida del rey.—Preparativos imprudentes de la huida del rey (Marzo y Mayo del 91).

No puedo visitar el Museo del Louvre sin detenerme y soñar por mucho tiempo, aunque no quiera, ante el Carlos I pintado por Van-Dick. Este cuadro contiene á la vez la historia de Inglaterra y la de Francia. Sobre nuestros asuntos ha tenido una influencia directa que rara vez alcanzan las obras de arte. El pintor, sin darse cuenta de ello, puso sobre el lienzo el destino de dos monarquías.

Hasta la historia del cuadro es muy curiosa. Es preciso tomarla de muy lejos para explicar cómo fué traído á Francia.

Cuando el ministerio Aiguillon-Maupeou quiso decidir á Luis XV á derribar el Parlamento, tuvo ante todo que realizar una operación difícil: devolver al viejo rey la voluntad; rehacer de él al hombre. Para esto había que cerrar su serrallo donde se extenuaba y hacerle aceptar una querida única, reducirlo á una sola mujer. Nada tan difícil. Era preciso que esta querida fuese una mujer loca y alegre, que supiera poner á las otras en la puerta y al mismo tiempo que no tuviera mucho talento, pero que tuviera el bastante para repetir siempre la misma lección.

Madama Du Barry fué esta mujer y desempeñó su papel maravillosamente. Esta singular Egeria le inspiraba el orgullo real á todas horas; pero nada hubiera conseguido de un hombre tan blando si como